

Rómulo Gallegos

DOÑA
BÁRBARA

edición crítica
Flor María Rodríguez-Arenas

☉ - STOCKCERO - ☉

© Herederos de Rómulo Gallegos
Foreword, bibliography & notes © Flor María Rodríguez-Arenas
of this edition © Stockcero 2009
1st. Stockcero edition: 2009

ISBN: 978-1-934768-31-0

Library of Congress Control Number: 2009943122

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

ÍNDICE

| | |
|---|--------|
| DE <i>La Coronela A Doña Bárbara</i> : MITOS, IMAGINARIO SOCIAL E IDEOLOGÍA | |
| 1. RÓMULO GALLEGOS | VII |
| 2. EDICIONES Y REVISIONES DE DOÑA BÁRBARA | X |
| 2.1 LA CORONELA (1928) | XII |
| 2.2 LAS EDICIONES DE DOÑA BÁRBARA, EDITORIAL ARALUCE (1929, 1930). | XXXVII |
| 2.3 DE LA CORONELA A DOÑA BÁRBARA | XLI |
| 2.4 LOS PERSONAJES | XLIV |
| 2.4.1 LUISANA LUJÁN | XLVI |
| 2.4.2 GUADALUPE | L |
| 3. BIBLIOGRAFÍA | LIX |
| DOÑA BÁRBARA | |
| A MANERA DE PRÓLOGO..... | I |
| PRIMERA PARTE | |
| I. ¿CON QUIÉN VAMOS? | 5 |
| II EL DESCENDIENTE DEL CUNAVICHERO | 15 |
| III. LA DEVORADORA DE HOMBRES | 23 |
| IV. UNO SOLO Y MIL CAMINOS DISTINTOS | 33 |
| V. LA LANZA EN EL MURO..... | 41 |
| VI. EL RECUERDO DE ASDRÚBAL | 49 |
| VII. EL «FAMILIAR» | 53 |
| VIII. LA DOMA | 63 |
| IX. LA ESFINGE DE LA SABANA | 71 |
| X. EL ESPECTRO DE «LA BARQUEREA» | 75 |
| XI. LA BELLA DURMIENTE | 85 |
| XII. ALGÚN DÍA SERÁ VERDAD | 91 |
| XIII. LOS DERECHOS DE «MÍSTER PELIGRO» | 97 |

SEGUNDA PARTE

| | |
|---------------------------------------|-----|
| I. UN ACONTECIMIENTO INSÓLITO | 107 |
| II. LOS AMANSADORES | 119 |
| III. LOS REBULLONES..... | 125 |
| IV. EL RODEO | 131 |
| V. LAS MUDANZAS DE DOÑA BÁRBARA | 141 |
| VI. EL ESPANTO DEL «BRAMADOR» | 147 |
| VII. MIEL DE ARICAS..... | 151 |
| VIII. CANDELAS Y RETOÑOS | 155 |
| IX. LAS VELADAS DE LA VAQUERÍA | 161 |
| X. LA PASIÓN SIN NOMBRE | 171 |
| XI. SOLUCIONES IMAGINARIAS | 175 |
| XII. COPLAS Y PASAJES | 181 |
| XIII. LA DAÑERA Y SU SOMBRA | 189 |

TERCERA PARTE

| | |
|---|-----|
| I. EL ESPANTO DE LA SABANA | 195 |
| II. LAS TOLVANERAS..... | 201 |
| III. ÑO PERNALETE Y OTRAS CALAMIDADES | 209 |
| IV. OPUESTOS RUMBOS BUSCABAN | 217 |
| V. LA HORA DEL HOMBRE | 221 |
| VI. EL INEFABLE HALLAZGO | 225 |
| VII. EL INESCRUTABLE DESIGNIO | 233 |
| VIII. LA GLORIA ROJA | 237 |
| IX. LOS RETOZOS DE MISTER DANGER | 241 |
| X. ENTREGANDO LAS OBRAS..... | 247 |
| XI. LUZ EN LA CAVERNA | 251 |
| XII. LOS PUNTOS SOBRE LAS HACHES | 255 |
| XIII. LA HIJA DE LOS RÍOS | 259 |
| XIV. LA ESTRELLA EN LA MIRA | 263 |
| XV. TODA HORIZONTES, TODA CAMINOS... .. | 267 |

DE *La Coronela* A *Doña Bárbara*: MITOS, IMAGINARIO SOCIAL E IDEOLOGÍA

I. RÓMULO GALLEGOS

Rómulo Ángel del Monte Carmelo Gallegos Freire nació en Caracas el 2 de agosto de 1884. Fue el segundo de ocho hermanos; hijo de Rómulo Gallegos Osío y Rita Freire Guruceaga. Perdió a su madre en 1896, a la edad de 12 años. Estudió en el Colegio Sucre donde completó la primaria en 1898 y se graduó de bachiller en 1903. Desde el año anterior, a los 17 años, había iniciado su labor de educador en el mismo plantel en la sección primaria. Al año siguiente, se inscribió en la Universidad de Caracas para estudiar leyes, pero se retiró el mismo año para dedicarse a lo que sería la pasión de su vida: la escritura. Desde 1903, ya había comenzado públicamente esta labor, cuando con F. S. Bermúdez redactó el semanario *El Arco Iris*.

Trabajó como jefe de estación de los ferrocarriles en 1905. En 1909, formó parte del grupo fundador de la revista *La Alborada*, en cuyo primer número apareció su texto «Hombre y principio». En 1910, fue miembro fundador de *El Cojo Ilustrado*, allí publicó el cuento «Las rosas». Fue nombrado director del Colegio Federal de Varones de Barcelona, Estado Anzóategui. En esa ciudad y en el mismo año, contrajo matrimonio por poder con Teotiste Arocha Egui. Dos meses después murió su padre, por lo cual viajó a Caracas, donde lo nombraron subdirector del Colegio Federal de Caracas (1912-1918).

En 1913, publicó: *Los aventureros*, su primer libro de relatos. En 1915, estrenó el drama: «El milagro del año». En 1920, se publicó su primera novela, con el título: *El último solar*. Después la rehizo y la tituló: *Reinaldo Solar*. Pasó a trabajar como subdirector de la Escuela Normal de Caracas (1918-1922); año en el que regresó al Liceo Caracas (antiguo Colegio Federal de Caracas) (1922-1930). Muchas de las promociones de alumnos del plantel serían hombres de gran influencia en la vida de la nación. En 1922, difundió los cuentos «Los inmigrantes» y «La rebelión» y en 1925, dio a conocer su segunda novela: *La Trepadora*.

En la semana santa de 1927, viajó a los llanos donde comenzó a documentarse para la que sería *Doña Bárbara*, la información que recogió le hizo olvidar la novela que estaba elaborando: *La casa de los Cedeño*, de la cual se había publicado un capítulo: «La rebelión» en *La Lectura semanal*. En ese viaje, en el hato «La Candelaria» de Juan Vicente Gómez, oyó la historia de Francisca Vázquez, la mujer que le inspiró el personaje de Doña Bárbara. En 1928, empezó la publicación de *La Coronela*, pero la interrumpió. Después de revisiones, la publicó en 1929, en Barcelona, España en la Editorial Araluce, con una tirada de 2000 ejemplares y con el título: *Doña Bárbara*. En septiembre de ese año fue nominada «El mejor libro del mes» por un jurado compuesto por Azorín, Gabriel Miró, Díez Canedo, José María Salaverría y Pedro Saínz. Gallegos realizó nuevos cambios y en la misma editorial; en 1930, publicó una nueva edición de la novela. Ese mismo año la Editorial Élite, en Caracas, lanzó la edición venezolana.

En 1931, Juan Vicente Gómez lo nombró senador por el estado de Apure, pero para evitar asumir el cargo se exiló voluntariamente con su esposa en Nueva York. En esa ciudad escribió casi completamente la triada de novelas que divulgaría posteriormente. En 1932, viajó a España y allí publicó: *Cantaclaro* (1934), la segunda novela de los llanos y *Canaima* (1935), novela de la selva y del Orinoco, obra que Juan Vicente Gómez prohibió por sentirse aludido en ella. Ese año murió el dictador y Gallegos volvió a Venezuela en 1936. Fue nombrado Ministro de Educación en el gobierno de López Contreras; ejerció el cargo, pero renunció a los pocos meses.

En 1936, fue presidente de la Asociación Venezolana de Escritores y Bibliotecario de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. En 1937 ocupó una curul en el Congreso Nacional como Diputado, representando al Distrito Federal, comenzando una época de política militante, que muy pronto le dejó poco tiempo para escribir ficción. Ese año, la Asociación de Escritores de Venezuela editó *Pobre negro*. También trabajó como productor de cine en Estudios Ávila y filmó la película *Juan de la calle*. En 1940, fue electo Presidente del Concejo del Distrito Federal. En 1941, en mitin celebrado el 7 de marzo en el Nuevo Circo de Caracas, fue postulado simbólicamente a la presidencia de la República de Venezuela. En 1942, publicó: *El forastero* y *Sobre la misma tierra*. Ese año fue nombrado Miembro Honorario del Instituto de Artes y Letras de la Ciudad de Nueva York y Doctor Honoris Causa de la Universidad de Morelia, México. En 1945, se estrenó la versión cinematográfica de *Canaima* en México.

En 1947, el partido Acción Democrática (AD), del cual fue miembro fundador, lo postuló como candidato a la presidencia, siendo electo Presidente Constitucional de la República, el 14 de diciembre de ese año. El 15 de febrero de 1948, tomó posesión de la Presidencia de la República. El 1º de julio, realizó una visita oficial a los Estados Unidos. Su gestión presidencial fue

efímera, porque el 24 de noviembre fue derrocado por un golpe militar dirigido por el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud y el Comandante Marcos Pérez Jiménez. El 5 de diciembre viajó a la Habana, Cuba, y comenzó un nuevo exilio político. Ese año recibió la Orden Libertador de los Estados Unidos de Venezuela y fue nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de Columbia, nombramiento que rechazó. Hizo periodismo para ganar dinero para subsistir. El año de 1949, colaboró en la revista *Bohemia*. Se daba comienzo a la impresión de sus *Obras Completas* en La Habana, cuando en agosto de ese año, decidió viajar a México.

En 1950, murió su esposa en Ciudad de México, negándose a trasladarla a Venezuela mientras existiera el régimen dictatorial. En 1951, lo nombraron Socio de Honor de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Guatemala y le rindieron honores en Costa Rica. En 1952, circuló en La Habana la novela: *La brizna de paja en el viento*. Viajó a Estados Unidos para trabajar con su biógrafo Lowell Dunham, catedrático de la Universidad de Oklahoma.

En 1954, año en que Gallegos cumplió 70 años, se editó en México *Una posición en la vida*, recopilación de sus artículos, discursos y ensayos. El Fondo de Cultura de Económica de México publicó la versión definitiva de *Doña Bárbara*. Ese año, lo nombraron Miembro Honorario del Departamento de Lenguas Modernas de la Universidad de Oklahoma. En 1955, lo otorgaron el nombramiento de Miembro Honorario de la Academia Americana de las Artes y Letras; ese mismo año visitó París y volvió a residir en Ciudad de México, continuando con la escritura de una novela sobre la reforma agraria mexicana.

En 1956, el gobierno venezolano lo invitó a regresar al país, pero no consideró la situación política conveniente para su retorno. En 1957, se editó en México: *La doncella, drama. El último patriota, cuentos*. En 1958, el 2 de marzo, dio por terminado su exilio al regresar a Venezuela. Por tal motivo, recibió honores en todo el país: obtuvo el Premio Nacional de Literatura 1957-1958. Fue nombrado Hijo Ilustre de la Ciudad de Caracas y elegido Individuo de Número de la Academia Nacional de la Lengua. Recibió el título de Doctor Honoris Causa en Humanidades de la Universidad Central de Venezuela; Doctor Honoris Causa en Derecho de la Universidad de Los Andes; Doctor Honoris Causa en Derecho de la Universidad del Zulia. Recibió también otras distinciones: Presidente Honorario del Colegio de Profesores de Venezuela, Gran Cruz de San Martín, impuesta por el Presidente de la República Argentina Arturo Frondizi y fue postulado al Premio Nobel de Literatura.

En 1959, fue nombrado Gran Maestre Orden El Sol del Perú y recibió la Orden Andrés Bello en su Primera Clase. La Editorial Aguilar de Madrid, publicó sus *Obras Completas* en 2 volúmenes. También se publicaron sus *Obras Completas* en 10 volúmenes en Festivales Internacionales del Libro. Con motivo de cumplir 75 años, le hicieron diversos homenajes. En 1960, fue nom-

brado Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras en la Universidad de la Habana, Cuba; Académico de la Academia Nacional de Letras de Uruguay y viajó como representante de Venezuela a Washington como Miembro de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, donde fue elegido presidente.

En 1961, fue nombrado Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional Autónoma de México; recibió la Cruz de las Fuerzas Armadas de Cooperación de Venezuela y fue designado Senador Vitalicio de Venezuela. Su salud comenzó a decaer. En 1963, obtuvo la Orden Nacional do Cruzeiro do Sul. Brasília, Brasil. En 1964, cumplió 80 años y recibió variados homenajes, junto con el de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Carabobo y en 1965, recibió el último título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Oriente y la Orden Ciudad de Caracas. Falleció el 5 de abril de 1969, en Caracas. En 1971, se publicó póstumamente su novela de tema mexicano: *Tierra bajo los pies*, en Salvat Editores de Madrid.

2. EDICIONES Y REVISIONES DE *Doña Bárbara*

Al difundirse en 1929, la novela de Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, atrapó a los lectores de diversas latitudes, quienes deseosos de conocer lo que pasaba y por qué era importante lo relatado, rápidamente aceptaron las representaciones sociales difundidas en ese mundo novelístico. La narración, como imagen de secuencias de hechos cotidianos que la gente de esa específica cultura conocía y experimentaba, estaba designada para satisfacer una serie de objetivos comunicativos seleccionados previamente y organizados en estructuras de conocimiento que podían ser anticipadas por los lectores/receptores y transmitidas por la voz narrativa. Estrategias narrativas que, a su vez, permitían inferir y construir significados. La disposición de estas representaciones requirió que el escritor venezolano efectuara una serie de revisiones, adaptaciones y reestructuraciones para conformar el texto definitivo de la novela que ha llegado al presente.

Al ser indagado sobre este paciente y laborioso trabajo de disposición, inspección y reelaboración de la narración, Gallegos respondió en una entrevista:

John A. Crow —le decimos— habla de que antes de publicarse la más leída de sus novelas, Ud. había hecho tres distintas versiones de *Doña Bárbara*. ¿Podría expresar por qué motivo se inclinó a la versión que todos conocemos?

—Porque —responde sin preámbulos— esa es mi forma de trabajar. Esas versiones desechadas podrían considerarse como simples proyectos de los cuales surgió la obra definitiva (de la Selva, 266).

En ese proceso de escrutinio y control que el escritor efectuó, los personajes que se le habían acercado «en un lugar de la margen derecha del Apure, una tarde de abril» de 1927, tomaron forma, función, destino y poblaron definitivamente el universo ficcional de *Doña Bárbara*. Pero en el transcurso de los manuscritos, algunas de sus criaturas femeninas desaparecieron (Luisana Luján), otras cambiaron de nombre, conservando diversas características originales (Guadalupe); mientras que entre las masculinas hubo pocas modificaciones: Santos mantuvo muchos de sus rasgos distintivos; el papel, la reacción y la actuación de Antonio, Pajarote, Carmelito y María Nieves hacia Luzardo fue similar; mientras que Apolinar no contrajo matrimonio con «la mujerona». Esta evolución del universo narrativo se realizó en cuatro textos: *La Coronela* (Lit. y Tip. Vargas, 1928); *Doña Bárbara* (Editorial Araluce – Barcelona, España, 1929), *Doña Bárbara* (Editorial Araluce - Barcelona, España, 1930) y *Doña Bárbara* (Fondo de Cultura Económica, México, 1954), versión final que se conoce en el presente.

Para dilucidar algunas de las intenciones de la escritura de Rómulo Gallegos al centrar en el bajo Cajón del Arauca los hatos de Altamira y El Miedo, contraponiendo lo que en ese momento denominó: la civilización vs. la barbarie, se debe tener en cuenta cómo se originaron las características esenciales de los personajes centrales femeninos en *La Coronela*; ya que, en la configuración del mundo novelístico gobiernan aspectos del imaginario social, con los que el escritor venezolano creó su historia difundiendo un modelo de realidad basado en una orientación ideológica subyacente, que le sirvió para persuadir e influir en los juicios y valoraciones de los lectores al involucrarlos emocionalmente.

En este estudio, por medio de la difusión de secciones de *La Coronela*, se mostrarán algunas de las características que presenta la creación narrativa, cuyo mundo simbólico potencia una serie de sesgos culturales hábilmente codificados, para divulgar un mensaje político. Al mostrar aspectos del proceso de persuasión narrativa en que se desenvuelve la historia (cómo se cuenta y cómo se lee = autor ↔ lector): el terreno común, los parámetros sociales, la influencia y el efecto de elementos que se hallan ya en la escritura del texto primigenio, y que llegaron a la versión final de *Doña Bárbara*, se explicitan las intenciones y las estrategias narrativas que Gallegos empleó para difundir sus objetivos; al mismo tiempo que se indaga por qué las expectativas de los lectores, incluidos en sus respectivos sistemas culturales que varían con el tiempo, producen nuevos condicionamientos al texto matizando nuevas lecturas.

2.1 *La Coronela* (1928)

En 1928, Rómulo Gallegos autorizó en Caracas la impresión de *La Coronela*, su tercera novela,¹ pero el libro nunca circuló en su forma originaria; puesto que el autor detuvo la publicación. En distintos escritos se ha afirmado que de ese texto se imprimió un pliego, o unas páginas y que Gallegos al revisar los folios, dio la orden de parar la edición y de destruir todo (véase entre otros: Englekirk, 261; Shaw, 265; Subero, 76; Sosnowski, 523).

No obstante lo aseverado, la destrucción de ese primer texto no fue total, como se ha dicho; ya que varias secciones de *La Coronela* han llegado al presente. Existen 64 páginas de lo que fue esa primera versión, cuya distribución en capítulos es:

- I. ¿Con quién vamos? (pgs. 5-14).
- II. El descendiente del cunavichero (pgs. 15-24).
- III. La devoradora de hombres (pg. 25-40).
- IV. Los animosos proyectos (pgs. 41-48).
- V. Tierras de espejismos (pgs. 49-57).
- VI. La doma (pgs. 59-64) (véase: Gallegos, 1928).

Comparando esta división con la que Gallegos hizo posteriormente sobre más o menos el mismo contenido en la versión de Araluce, 1929, se observa:

- I. ¿Con quién vamos?
- II. El descendiente del cunavichero.
- III. Un(o) solo y mil caminos distintos.
- IV. La lanza en el muro.
- V. El familiar.
- VI. Una pregunta intempestiva.
- VII. El recuerdo de Asdrúbal.
- VIII. La doma.
- IX. La esfinge de la sabana.
- X. El espectro de La Barquereña (Véase: Englekirk, 1948, 261).

El cotejo muestra que el plan inicial varió significativamente;² ya que en la edición de 1929, se encuentran secciones previas convertidas en capítulos nuevos. Además, los personajes centrales variaron significativamente: desapareció Luisana Luján; Guadalupe pasó a llamarse Bárbara y Santos adquirió más personalidad, decisión y autonomía. Sin embargo, se constata la permanencia del empleo de algunas de las estrategias narrativas y la constancia de las intenciones vitales originales que tuvo el autor al estructurar ese mundo novelístico.

Algunos de los apartes más importantes de la primera versión de la novela

1 Gallegos ya había escrito: *Reinaldo Solar* (1920) y *La trepadora* (1925).

2 En la edición de Araluce, 1930, Gallegos regresó al plan original de conservar el orden inicial de los 3 primeros capítulos: I. ¿Con quién vamos? II. El descendiente del cunavichero. III. La devoradora de hombres.

se explicitan aquí tantos para difundirlas, como para poder demostrar posteriormente algunos de los objetivos de este ensayo.

LA CORONELA³

Cuando abre el relato de *La Coronela*, Santos acaba de contraer matrimonio con una joven caraqueña, Luisana Luján, y la lleva consigo en el viaje de regreso a Altamira:

En la toldilla, un matrimonio joven. Ella, una mujer de rasgos delicados y aristocrática elegancia incompatible con la región que atraviesa y con las circunstancias que la rodean. Un velo prendido al ala del sombrero, caído hasta los hombros, y largos guantes, defiéndenle la tez suave de las picaduras de los mosquitos y del resol quemante. Un gesto de repugnancia por la desnudez maloliente de los palanqueros sudorosos, aparece a menudo en su rostro, para desaparecer en seguida, como si en su espíritu combatieran dos sentimientos contrarios. él, un hombre de facciones enérgicas y expresivas, mirada vivaz, entrecejo profundo. La contextura vigorosa, sin ser atlética, préstale gallardía casi altanera. Usa un casco de corcho, con envés de seda verde, y lleva un rifle atravesado sobre las piernas (6).

Se había enamorado de Luisana Luján, perteneciente a una de las más distinguidas familias de Caracas y, al mismo tiempo, mujer de grandes dotes espirituales, sin mengua de las físicas, que eran gracia, dulzura y simpatía (17).

Ella, a pesar de ser de familia distinguida, había adquirido un carácter fuerte y abnegado para lo que consideraba el deber; ya que se había encontrado desde niña, como única mujer en su núcleo familiar y había internalizado la tarea de preservar el nombre de una familia venida a menos y de mantener materialmente a su padre y a sus hermanos, hombres dañados por la molicie causada por el dinero y la vida sin horizonte de la ciudad:

Huérfana de madre desde muy pequeña, a los doce años se encontró convertida en ama y alma de una casa de hombres sin carácter, esclavos de sus pasiones: el padre, jugador, los hermanos holgazanes. No fueron pocos los días de amanecer sin un centavo en la casa, ni tampoco las noches de acostarse cerca de la madrugada, entreteniéndose con el tejido, único medio de subsistencia seguro allí, la inquietud de la espera de los hombres frecuentadores de sitios peligrosos. Tenía unas manos privilegiadas para bordados y tejidos, muy solicitados y bien pagados por la gente rica de sus relaciones

3 Existe únicamente un ejemplar del texto de *La Coronela* en una Universidad de Estados Unidos.

2.2 LAS EDICIONES DE *Doña Bárbara*, EDITORIAL ARALUCE (1929, 1930).

Del texto de la primera edición de la Editorial Araluce (1929), según nota de John E. Englekirk, existen dos ejemplares en la Biblioteca del Congreso en Washington. Fue publicado el 15 de febrero de ese año en esa editorial de Barcelona; contaba con 350 páginas y carecía de glosario (1948, 261). Englekirk describió su contenido:

El texto entero sufrió una revisión drástica, antes de que apareciera la segunda edición en Barcelona en enero de 1930. Una mirada a los títulos de los capítulos de la primera edición y el orden en el que aparecen, mostrará en alguna medida la extensión de los cambios efectuados. Primera parte. I. ¿Con quién vamos? II. El descendiente del cunavichero. III. Un(o) solo y mil caminos distintos. IV. La lanza en el muro. V. El familiar. VI. Una pregunta intempestiva. VII. El recuerdo de Asdrúbal. VIII. La doma. IX. La esfinge de la sabana. X. El espectro de La Barquereña. XI. La bella durmiente. XII. Algún día será verdad. XIII. (Los derechos de) Míster Peligro. Segunda parte. I. Los amansadores. II. Miel de aricas. III. Candelas retoños. IV. El rodeo V. Las veladas de la vaquería. VI. La pasión sin nombre. VII. Soluciones imaginarias. VIII. Coplas y paisajes. IX. La dañera y sus obras. X. El espanto de la sabana. Tercera parte. I. Las tolvaneras. II. Ño Pernaleta y otras calamidades más. III. Opuestos rumbos buscan. IV. La hora del hombre. V. El inefable hallazgo. VII. El inescrutable designio. VII. Los retozos de Míster Danger. VIII. La gloria roja. IX. Planes y visiones de Doña Bárbara. X. La luz en la caverna. XI. Los puntos sobre haches. XII. La hija de los ríos. XIII. La estrella en la mira. Epílogo. Se observará, por ejemplo que el capítulo III de la Primera parte, tan convincente y estratégicamente ubicado: «La devoradora de hombres» no aparece en esta primera edición; y el «Epílogo» se convierte en capítulo XV en ediciones posteriores, bajo el signficante y llamativo título:

«Toda horizontes, toda caminos». Finalmente los capítulos I, III y V de la Segunda parte y los capítulo I y X de la Tercera parte de ediciones posteriores no aparecen como tales en la primera. Muchas páginas de la primera edición fueron eliminadas del todo en la segunda; innumerables cambios y correcciones se hicieron y aproximadamente 45 páginas de texto nuevo se agregaron, incluyendo el glosario. Una tremenda mejora en estilo, poder descriptivo y atractivo dramático resultaron de estos cambios. Esto significaría que el texto que conocemos ahora fue retrabajado y revisado por lo menos tres veces (Englekirk 1948, 261-262). [Todas las traducciones son nuestras].

Siguiendo el estudio de Englekirk, Donald Shaw (1974) comparó las ediciones de Araluce y proporcionó otros datos sobre los cambios que se observan en la segunda edición de la Editorial barcelonesa publicada en 1930. Debe destacarse, que cuando Shaw habla de la segunda versión o edición se refiere en realidad a la tercera revisión que Gallegos efectuó al texto de la novela; ya que ni él ni Englekirk tuvieron a su alcance el texto de *La Coronela*. Algunas de sus conclusiones dicen:

Las principales alteraciones introducidas por Gallegos en la edición de 1930 afectan las Partes I y II.

CAMBIOS ESTRUCTURALES EN LA PARTE I.

Mientras el número de capítulos en esta parte permanece en trece, el orden en de los primeros siete es visiblemente alterado. Únicamente los capítulos I y II (la exposición) y el IV (el diálogo entre Doña Bárbara el Brujeador y Paiba) permanecen en su posición original, aunque reescritos como capítulos. El antiguo capítulo VII (la visión retrospectiva que describe la vida temprana de Bárbara) se lleva hacia atrás y se convierte en capítulo III. Los capítulos III y IV de la edición de 1929, se convierten en IV y V respectivamente en la edición de 1930. Y los capítulo V y VI de 1929, cambian de lugar. Esto es, el último, como lo vemos, retiene su posición anterior, pero la conversación de los peones de Altamira sobre *El Cotizado* ahora lo sigue en lugar de precederlo. Un detalle confuso que no es evidente de la nota de Englekirk sobre los cambios, es el hecho de que Gallegos ha transferido el título: «El recuerdo de Asdrúbal» del anterior capítulo VII (ahora capítulo II retitulado: «La devoradora de hombres») a capítulo VI, que se llamaba anteriormente «Una pregunta intempestiva». Estos cambios en la Parte I pueden entonces presentarse de esta forma:

| 1929 | 1930 |
|------------------|--|
| Capítulo I | I |
| II | II |
| III | IV |
| IV | V |
| V | VII |
| VI | VI (con un nuevo título prestado de viejo capítulo VII) |
| VII | III (con título nuevo) |
| VIII | VIII |
| IX-XIII | IX-XIII |

El significado de estos cambios se percibe fácilmente. Gallegos no era un escritor que planeara y organizara sus novelas por anticipado. La asombrosa velocidad en que las dos partes de *La trepadora* y el primer borrador de *Doña Bárbara* se produjeron, revela que escribía febrilmente, dependiendo en gran parte de su instintiva habilidad literaria para dar forma a la narrativa a medida que avanzaba. Se sabe que le disgustaba efectuar correcciones; prefería escribir escenas completas y capítulos si las encontraba poco satisfactorias. La evolución de *Doña Bárbara* revela que cuando se dio cuenta de las fallas en el designio total de la narrativa, estuvo dispuesto, al menos este fue el caso, a reestructurarla dramáticamente aún en la última etapa (Shaw, 266-267).

Nuevo material agregado a la Parte I

Junto con los cambios estructurales, suceden alteraciones y expansiones importantes a los capítulos individuales. Casi todos ellos sufren modificaciones significativas. (La excepción prominente, pero suficientemente interesante es el capítulo XI, el primer encuentro de Santos con Marisela, que apenas sufre modificaciones). Como resultado, unas 8.000 palabras se agregan al texto en la Parte I. La gran importancia de las adiciones y alteraciones que Gallegos introduce se pueden apreciar en una comparación página a página entre los dos textos. Pero se pueden resumir como sigue. Primero Doña Bárbara gana énfasis y estatura por medio de los cambios que comienzan ya desde el primer capítulo (Shaw, 268).

Este crítico efectuó un exhaustivo cotejo entre las dos ediciones destacando cada uno de los cambios esenciales de la narración entre ellas. Posteriormente llegó a la conclusión de que en la Segunda parte de la novela, los cambios en la edición de 1930 fueron más drásticos y se agregaron cerca de 9.000 palabras nuevas (Shaw, 272). Modificaciones que resumió en la siguiente forma:

3. BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Carlos J. "Otra sería mi historia: 'Allegorical Exhaustion in Doña Bárbara'". *MLN* 104.2 (1989): 418-38.
- Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI Editores, 1978.
- Alvarado, Lisandro. *Glosario de voces indígenas de Venezuela. Voces geográficas (trabajo inédito complementario)*. Caracas: Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, Comisión Editora de las Obras Completas de Lisandro Alvarado, 1953.
- Añez, Jorge. *De "La vorágine" a "Doña Bárbara". Estudio crítico a propósito de la originalidad de las dos famosas novelas*. Bogotá: Imprenta del Departamento, 1944.
- Barr, Rebecca y Michael L. Kamil, P. David Pearson, Peter B. Mosenthal (Eds.). *Handbook of Reading Research*. Vol. 2. New York: Routledge, 1996.
- Barthes, Roland. *Mitologías*. 1980. Trad. Hector Schmucler. Madrid - México: Siglo XXI Editores S. A., 1999.
- Bellón, Pepe. «Ideología de la representación y representación de la ideología». *Filosofía, Política y Economía en el Laberinto* 13 (2003): 57-74.
- Chatman, Seymour. *Story and Discourse: Narrative Structure in Fiction and Film*. Ithaca: Cornell University Press, 1983.
- Cordero-Moreno, Rafael. *Compendio de la historia de la medicina en Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello – Banco del Caribe, 1998.
- De la Selva, Mauricio. «Alrededor de Rómulo Gallegos (estudio y entrevista)». *Cuadernos Americanos* 89 (1956): 256-269.
- Eagleton, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*. 1983. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Englekirk, John E. «Doña Bárbara, Legend of the Llano». *Hispania* 31.3. (Aug., 1948): 259-270.
- Gallegos, Rómulo. «Cómo conocí a doña Bárbara». *Recopilación de textos sobre tres novelas ejemplares*. Trinidad Pérez, selec. y prólogo. La Habana, Cuba: Casa de las Américas, 1971.
- _____. *Doña Bárbara*. Barcelona: Casa Editorial Araluce, 1929.

- _____. *Doña Bárbara*. Madrid: Cátedra, 1999.
- _____. *La Coronela*. Caracas: Lit. y Tip. Vargas, 1928.
- _____. «La pura mujer sobre la tierra». *Cuadernos Hispanoamericanos* 675 (2006): 63-78. Originalmente en: *Lyceum* (La Habana, Cuba) 5.18 (mzo., 1949): 5-18.
- Garrido Domínguez, Antonio. *El texto narrativo*. Madrid: Editorial Síntesis, 1996.
- González, José Luis. *Dichos y proverbios populares*. Madrid: EDIMAT, 1998.
- González Echavarría, Roberto. *La voz de los maestros: escritura y autoridad en la literatura latinoamericana moderna*. Madrid: Verbum Editorial, 2001.
- Gerendas, Judith. «La violencia en el proyecto ideológico de algunos textos de Gallegos». *Escritura* VIII.15 (1983): 37-44.
- Graves, Robert y Raphael Patai. *Los mitos hebreos. El libro del Génesis*. 1964. Trad. Luis Echávarri. Buenos Aires: Editorial Losada, 1969.
- Haensch, Günther y Reinhold Werner. *Nuevo diccionario de colombianismos*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.
- Hamon, Philippe. «Pour un statut sémiologique du personnage». *Litterature* 6 (1972): 86-110.
- Lewis, Thomas E. «Notes toward a Theory of the Referent». *PMLA* 94.3 (mayo, 1979): 459-475.
- Lurker, Manfred. *The Routledge Dictionary of Gods, Goddesses, Devils and Demons*. (1984). London: Routledge, 2004.
- Lynch, Enrique. «Discurso interrumpido». *Anàlisi: Quaderns de Comunicació i Cultura* 25 (2000): 95-108.
- Mendoza Fillola, Antonio. *El intertexto lector: el espacio de encuentro de las aportaciones del texto con las del lector*. Cuenca, España: Universidad de Castilla La Mancha, 2001.
- Moliner, María. *Diccionario de uso del Español*. Madrid: Editorial Gredos, 2001.
- Núñez; Rocío y Francisco Javier Pérez. *Diccionario del habla actual de Venezuela: venezolanismos, voces indígenas, nuevas acepciones*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias, 1994.
- Pintos, Juan Luis. «Inclusión-exclusión. Los imaginarios sociales de un proceso de construcción social». *SEMATA. Ciencias Sociales e Humanidades* (Universidad Santiago de Compostela) 16 (2004): 17-52.
- _____. *Los imaginarios sociales: la nueva construcción de la realidad social*. Madrid: Editorial SAL TERRAE, 1995.
- _____. «Una perspectiva sociocibernética sobre la religión: los imaginarios sociales de lo mundanamente irrepresentable». *Política y Sociedad* 22 (1996): 33-44.

- Pintos de Cea-Naharro, Juan-Luis. «Orden social e imaginarios sociales (Una propuesta de investigación)». *Papers* 45 (1995): 101-127.
- Richard, Renaud. *Diccionario de hispanoamericanismos No recogidos por la Real Academia*. Madrid: Cátedra, 1997.
- Rivas Rivas, José. *Glosario de Doña Bárbara*. Caracas: Fundación Cultural Barinas, 2002.
- Rodríguez Monegal, Emir. «Doña Bárbara: Textos y contextos». *Vuelta* (México) 3.35 (oct., 1979): 29-33.
- Salinas Coy, Yolanda y Edwin Agudelo Córdoba. *Peces de importancia económica en la cuenca amazónica colombiana*. Bogotá: SINCHI (Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas), 2000.
- Shaw, Donald. «Gallegos' Revision of Doña Bárbara 1929-1930». *Hispanic Review* 42.3 (Summer, 1974): 265-278.
- Singer, Deborah. Configuración de las relaciones de género en la novela *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos. *Kánina, Revista de Artes y Letras* (Universidad de Costa Rica) XXIX (2005): 43-58.
- Sosnowski, Saúl. *Lectura crítica de la literatura americana: La formación de las culturas nacionales*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1996.
- Subero, Efraín. *Gallegos, materiales para el estudio de su vida y de su obra*. Vol. 1. Caracas: Centauro, 1980.
- Tejera, María Josefina. *Diccionario de venezolanismos*. 3 vols. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua - Universidad Central de Venezuela, 1983-1993.
- Zoungbo, Victorien Lavou. «Discurso burgués y legitimación machista en *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 22.43/44 (1996): 211-225.

DOÑA
BÁRBARA

A MANERA DE PRÓLOGO

Tal vez no les agrade a todos los lectores de este libro que yo les diga que sus personajes existieron en el mundo real, pues si alguna función útil desempeña una novela es la de ser una puerta de escape de ese mundo, donde los seres humanos y los acontecimientos proceden y se producen de un modo tan arbitrario y disparatado que no hay historia de ellos que satisfaga la necesidad de ordenamiento lógico que experimenta el hombre cuando no tiene nada que hacer, o sea cuando está parada la máquina de los disparates, cuando no la de las monstruosidades, mientras que aun en las peores novelas se descubre alguna inteligencia ordenadora. Pero se me ha pedido que explique cómo y cuándo se me ocurrió escribir ésta, y ahora escribiré historia.

Una vez más, en el limbo de las letras todavía sin forma, hubo personajes en busca de autor. A Pirandello lo encontraron los suyos en un escenario de teatro, alzado el telón, sin público en la sala; a mí se me acercaron los míos en un lugar de la margen derecha del Apure, una tarde de abril.

Estaba yo escribiendo una novela cuyo protagonista debía pasarse unos días en un hato llanero y, para recoger las impresiones de paisaje y de ambiente, fui yo quien tuvo que ir a los llanos de Apure, por primera vez, en el dicho abril de 1927.

Sol abrasador y lluvia copiosa, con todo el estruendoso aparato de una tormenta llanera, donde entre nublado y sabana un solo trueno no tiene cuando acabar, me acompañaron por el trayecto —uno cualquiera de los mil caminos que ofrece la llanura— cual para demostrarme desde un principio, repartiéndose el día, cómo acostumbraban dividirse equitativamente todo el año, mitad sabana seca, con espejismos de aguas ilusorias atormentadores de la sed del caminante, y mitad aguas extendidas, de monte a monte en los ríos, de cielo a cielo en los esteros.

Llegué, adquirí amigos y al atardecer estaba junto con ellos en las afueras de San Fernando. Gente cordial, entre ella un señor Rodríguez, de blanco pulcramente vestido, de quien no me olvidaré nunca, por lo que ya se verá que le debo.

El ancho río, el cálido ambiente llanero, de aire y de cordialidad humana. Alguna ceja de palmar allá en el horizonte, tal vez un relincho de caballo

salvaje a lo lejos, respondiéndole quizás a un bramido de toro más o menos cimarrón y, por qué no también, cerca de nosotros, un melancólico canto de soisola. El llano es todo eso: inmensidad, bravura y melancolía.

Se ponía el sol, suntuosamente, sobre el ancho río inútil —porque no regaba tierra sembradiza, ni un bongo siquiera navegaba por él—, y sobre la sabana inmensa, campo desierto, alimentador de la arrogancia del hombre ya recogida en la copla llanera:

Sobre la tierra la palma,
sobre la palma los cielos;
sobre mi caballo yo
y sobre yo mi sombrero.

Pero el espectáculo no era para reflexiones pesimistas, y mi venezolano deseo de que todo lo que sea tierra de mi patria alguna vez ostente prosperidad y garantice felicidad tomó forma literaria en la siguiente frase:

Tierra ancha y tendida, toda horizontes como la esperanza, toda caminos como la voluntad.

Estoy seguro de que la formulé mentalmente y no tenía ni aún tengo en qué fundarme para creer que el señor Rodríguez poseyese virtud de penetración de pensamientos; pero lo cierto es que lo vi sonreír «como de cosa sabida», cual si me hubiera descubierto que ya tenía yo personaje principal de novela destinada a buena suerte.

Y en efecto, ya lo tenía: el paisaje llanero, la naturaleza bravía, forjadora de hombres recios. ¿No son criaturas tuyas todos los de consistencia humana que en este libro figuran?

Y el señor Rodríguez comenzó a presentármelos, interrogativamente:
—¿Ha oído usted hablar de ...?

Y nombró a un personaje de la vida real, a quien no menciono aunque ahora esté escribiendo historia.

Me la contó el señor Rodríguez. Un triste caso de la vida real. Un doctor en leyes que se internó en un hato de su propiedad y administrándolo bien llegó a convertirlo en uno de los más ricos de la región; mas, porque un mal día comenzó a aficionarse a la bebida —acaso uno de esos de lluvia continua, a los que el llanero designa «de cachimba, tapara y chinchorro», o sea de entretener el ocio con el humo de la pipa y el trago de aguardiente, éste en el rústico envase de la tapara bajo la meciente cama—, de tal modo se entregó, que ya no hubo allí hombre que para algo sirviese.

Un caso vulgar de enviciamiento, quizá; pero yo estaba en presencia de un escenario dramático —el desierto alimentador de bravura, amparador de barbarie, deshumanizador casi— y fue como si, quitándole la palabra al señor Rodríguez, alguien se me hubiera plantado por delante, diciéndome, con voz tartajosa:

—Esta tierra no perdona. Mire lo que ha hecho de mí la llanura bárbara, devoradora de hombres.

Me lo quedé mirando. No estaba mal como personaje dramático y le puse por nombre Lorenzo Barquero.

Pero ya el señor Rodríguez estaba haciéndome otra presentación:

—¿Ha oído hablar de doña...? Una mujer que era todo un hombre para jinetear caballos y enlazar cimarrones. Codiciosa, supersticiosa, sin grimas para quitarse de por delante a quien le estorbase y...

—¿Y devoradora de hombres, no es cierto? —pregunté con la emoción de un hallazgo, pues habiendo mujer simbolizadora de aquella naturaleza bravía ya había novela. Como por lo contrario parece que no puede haberlas sin ellas—. ¿Bella entonces, también, como la llanura?

—Pues... —repuso el señor Rodríguez, sonriendo, y dejándome hacer lo que me pareciese más natural y lógico, pues ya le habían dicho que yo era novelista.

Han pasado veintisiete años. Yo no me olvidaré nunca de que fue él quien me presentó a doña Bárbara. Desistí de la novela que estaba escribiendo, definitivamente inédita ya. La mujerona se había apoderado de mí, como sería perfectamente lógico que se apoderara de Lorenzo Barquero. Era además un símbolo de lo que estaba ocurriendo en Venezuela en los campos de la historia política.

Allí supe de María Nieves, «cabrestero» del Apure, cuyas turbias aguas pobladas de caimanes carnívoros cruzaba a nado, con un chaparro en la diestra y una copla en los labios, por delante de la punta de ganado que hubiera que pasar de una a otra margen. Con todo y su nombre lo metí en mi libro y varias personas me han contado que cuando alguien le buscaba la lengua, dándole bromas, él solía responder:

—Respéteme, amigo. Que yo estoy en *Doña Bárbara*.

María Nieves ya no esguaza el Apure con su copla en los labios, porque la muerte se los ha sellado para siempre, pero yo recojo en estas líneas su réplica fanfarrona como el mejor elogio que a mi obra haya podido hacerse. Era un hombre rudo, de alma llanera.

En el hato de *La Candelaria* de Arauca, conocí también a Antonio Torrealba, caporal de sabana de dicho fundo —que es el Antonio Sandoval de mi novela— y de su boca recogí preciosa documentación que utilicé tanto en *Doña Bárbara* como en *Cantaclaro*. Ya tampoco existe y a su memoria le rindo homenaje por la valiosa colaboración que me prestó su conocimiento de la vida ruda y fuerte del llanero venezolano.

Llano adentro, más allá del Arauca, encontré a *Pajarote* —así se le apodaba—, el de la mano entregadora de hombre leal al estrechar la que se le ofreciera, y a Carmelito el desconfiado, a quien había que demostrarle, con ejecutorias visibles, que se tuviera en el pecho corazón de hombre bueno de

a caballo y bueno de verdad. Franqueza y recelo, dos formas de una misma manera de ser llanero.

Yo les oí contar el pasaje de faena ganadera, desde el alba basta la puesta de sol, arremetiendo contra la cimarronera bravía o parando el rodeo numeroso, los días de vaquerías. Y el cuento de fantasmas que se aparecen en la espesura de las matas, las noches de luna llena, luz embrujadora.

A todos ellos —carne sufridora todavía o ya solamente nombres en las tertulias de añoranzas bajo los techos de los caneyes— los tengo en las predilecciones de mi afecto a mis personajes buenos.

A Juan Primito con sus rebullones, tonto y bueno, lo conocí en un pueblo de los Valles del Tuy. Y a los de contraria índole: Mujiquita y Pernalete, Balbino Paiba y El *Brujeador*; me los encontré en varios sitios de mi país, componiendo personificaciones de la tragedia venezolana.

Por exigencias de mi temperamento yo no podía limitarme a una pintura de singularidades individuales que compusieran caracteres puros, sino que necesitaba elegir mis personajes entre las criaturas reales que fuesen causas o hechuras del infortunio de mi país, porque algo además de un simple literato ha habido siempre en mí.

Pintura de un desgraciado tiempo de mi país, no podían faltar, sin embargo, en mi novela, Santos Luzardo y Marisela, de pura invención de novelista, pero con formas definidas en las palpitaciones del corazón venezolano. Son, respectiva y complementariamente, la empresa que hay que acometer, una y otra vez, y la esperanza que estamos obligados a acariciar, con incansable terquedad; la obligación de hoy para la sosegada contemplación de mañana.

Esta edición obedece al propósito del Fondo de Cultura Económica de adherirse a la conmemoración de los veinticinco años de *Doña Bárbara*; y porque se ha deseado que en ella les cuente yo a sus lectores la historia de esta novela afortunada, he traído a prólogo el relato de cómo encontré a sus personajes fundamentales, una tarde de abril, a orillas de un río llanero. Pero si dije que probablemente oí entonces el bramido salvaje de un toro, bien he podido agregar que en el aire sereno aleteaba la ternura de un blanco vuelo de garzas.

PRIMERA PARTE¹

I

¿CON QUIÉN VAMOS?

Un bongo² remonta el Arauca³ bordeando las barrancas de la margen derecha.

Dos bogas⁴ lo hacen avanzar mediante una lenta y penosa maniobra de galeotes.⁵ Insensibles al tórrido sol los bronceados cuerpos sudorosos, apenas cubiertos por unos mugrientos pantalones remangados a los muslos, alternativamente afincan en el limo del cauce largas palancas cuyos cabos superiores sujetan contra los duros cojinetes de los robustos pectorales y encorvados por el esfuerzo le dan impulso a la embarcación, pasándosela bajo los pies de proa a popa, con pausados pasos laboriosos, como si marcharan por ella. Y mientras uno viene en silencio, jadeante sobre su pértiga,⁶ el otro vuelve al punto de partida reanudando la charla intermitente con que entretienen la recia faena, o entonando, tras un ruidoso respiro de alivio, alguna intencionada copla⁷ que aluda a los trabajos que pasa un bonguero, leguas⁸ y leguas de duras remontadas, a fuerza de palancas, o coleándose, a trechos, de las ramas de la vegetación ribereña.

En la paneta⁹ gobierna el patrón, viejo baquiano¹⁰ de los ríos y caños de la llanura apureña, con la diestra en la horqueta de la espadilla, atento al riesgo de

1 Para el vocabulario se han empleado: Alvarado (1953); González (1998); Haensch y Werner (1993); Miliari (1999); Moliner (2001); Núñez y Pérez (1994); Richard (1997); Tejera (1893-1993); Subero (1977); Rivas Rivas (2002). [Ver bibliografía del estudio].

2 *Bongo*: embarcación fluvial de fondo plano y grandes dimensiones hecha a partir de un sólo tronco de árbol, que se usa para transportar carga o mercancías.

3 *Río Arauca*: debe su nombre a la tribu araucana que habitó las sierras de su curso superior y perteneció a la gran familia Arawak. El río sirve de límite entre el Departamento de Arauca-Colombia y el Estado de Apure-Venezuela, en un tramo de 296 kilómetros de frontera.

4 *Boga*: el que rema o dirige la embarcación.

5 *Galeotes*: el condenado que remaba en las galeras.

6 *Pértiga*: vara larga y fuerte; por ejemplo, las que se emplean para transportar cargas, para impulsar una embarcación.

7 *Copla*: composición breve, generalmente de cuatro versos, destinada a ser cantada con alguna música popular.

8 *Legua*: medida itineraria equivalente aproximadamente a 5,5 Km.

9 *Paneta*: especie de cabina cubierta del bongo

10 *Baquiano*: guía conocedor de sendas y caminos.

las chorreras¹¹ que se forman por entre los carameros¹² que obstruyen el cauce, vigilante al aguaje que denunciare la presencia de algún caimán en acecho.

A bordo van dos pasajeros. Bajo la toldilla, un joven a quien la contextura vigorosa, sin ser atlética, y las facciones enérgicas y expresivas prèstanle gallardía casi altanera. Su aspecto y su indumentaria denuncian al hombre de la ciudad, cuidadoso del buen parecer. Como si en su espíritu combatieran dos sentimientos contrarios acerca de las cosas que lo rodean, a ratos la reposada altivez de su rostro se anima con una expresión de entusiasmo y le brilla la mirada vivaz en la contemplación del paisaje; pero, enseguida, frunce el entrecejo, y la boca se le contrae en un gesto de desaliento.

Su compañero de viaje es uno de esos hombres inquietantes, de facciones asiáticas, que hacen pensar en alguna semilla tártara¹³ caída en América quién sabe cuándo ni cómo. Un tipo de razas inferiores, crueles y sombrías, completamente diferente del de los pobladores de la llanura. Va tendido fuera de la toldilla, sobre su cobija, y finge dormir; pero ni el patrón ni los palanqueros lo pierden de vista.

Un sol cegante, de mediodía llanero, centellea en las aguas amarillas del Arauca y sobre los árboles que pueblan sus márgenes. Por entre las ventanas,¹⁴ que a espacios rompen la continuidad de la vegetación, divisanse, a la derecha, las calcetas¹⁵ del cajón¹⁶ del Apure¹⁷ —pequeñas sabanas rodeadas de chaparrales¹⁸ y palmares—, y, a la izquierda, los bancos¹⁹ del vasto cajón del Arauca²⁰ —praderas tendidas hasta el horizonte—, sobre la verdura de cuyos pastos apenas negrea una que otra mancha²¹ errante de ganado. En el profundo silencio resuenan, monótonos, exasperantes ya, los pasos de los palanqueros por la cubierta del bongo. A ratos, el patrón emboca un caracol y le arranca un sonido bronco y quejumbroso que va a morir en el fondo de las mudas soledades circundantes, y entonces se alza dentro del monte ribereño la *desapacible* algarabía de las chenchenas²² o se escucha, tras los recodos, el rumor de las precipitadas zambullidas de los caimanes que dormitan al sol de las desiertas playas, dueños terribles del ancho, mudo y solitario río.

Se acentúa el bochorno del mediodía, perturba los sentidos el olor a fango que exhalan las aguas calientes, cortadas por el bongo. Ya los palanqueros no

11 *Chorrera*: pasos de agua.

12 *Caramero*: «hacinamiento de troncos y ramajes de árboles que arrastran los ríos en la época de las inundaciones de la sabana. (N. del A.)». También: montón de cosas superpuestas.

13 *Tártaro*: perteneciente a la región turca. Entiéndese también como «del Infierno».

14 *Ventana*: «espacio despejado, abierto en la vegetación que bordea un río o rodeo una sabana. (N. del A.)».

15 *Calceta*: «sabana de pequeña dimensión, rodeada de árboles o matorrales. (N. del A.)».

16 *Cajón*: «faja de llanura entre dos grandes ríos, por donde corren los principales afluentes de aquel que le da nombre. (N. del A.)».

17 *Cajón del apure*: faja de tierra entre el Río Apure y el Arauca.

18 *Chaparrales*: bosque propio de las sabanas de tierra caliente donde abundan los chaparros: mata de encina o roble de muchas ramas y poca altura.

19 *Banco*: «la parte prominente, de mayor o menor extensión, que sobresale de las sabanas. (N. del A.)».

20 *Cajón del Arauca*: faja de tierra entre el río Arauca y el Capanaparo.

21 *Mancha*: «reunión de reses que se mueven en la sabana. (N. del A.)».

22 *Chenchena*: «ave de la familia de las gallináceas, muy vocinglera. (N. del A.)».

cantan ni entonan coplas. Gravita sobre el espíritu la abrumadora impresión del desierto.

—Ya estamos llegando al palodeagua²³ —dice, por fin, el patrón, dirigiéndose al pasajero de la toldilla y señalando un árbol gigante—. Bajo ese palo puede usted almorzar cómodo y echar su buena siestecita.

El pasajero inquietante entreabre los párpados oblicuos y murmura:

—De aquí al paso del *Bramador* es nada lo que falta y allí sí que hay un sesteadero²⁴ sabroso.

—Al señor, que es quien manda en el bongo, no le interesa el sesteadero del *Bramador* —responde ásperamente el patrón, aludiendo al pasajero de la toldilla.

El hombre lo mira de soslayo y luego concluye, con una voz que parecía adherirse al sentido, blanda y pegajosa como el lodo de los tremedales²⁵ de la llanura:

—Pues entonces no he dicho nada, patrón.

Santos Luzardo vuelve rápidamente la cabeza. Olvidado ya de que tal hombre iba en el bongo, ha reconocido ahora, de pronto, aquella voz singular.

Fue en San Fernando donde por primera vez la oyó, al atravesar el corredor de una pulpería.²⁶ Conversaban allí de cosas de su oficio algunos peones ganaderos, y el que en ese momento llevaba la palabra se interrumpió de pronto, para decir después:

—Ese es el hombre.

La segunda vez fue en una de las posadas del camino. El calor sofocante de la noche lo había obligado a salir al patio. En uno de los corredores, dos hombres se mecían en sus hamacas y uno de ellos concluía de esta manera el relato que le hiciera el otro:

—Yo lo que hice fue arrimarle la lanza. Lo demás lo hizo el difunto: él mismo se la fue clavandito como si le gustara el frío del jierro.

Finalmente, la noche anterior. Por habérsele atarrillado²⁷ el caballo, llegando ya a la casa del paso por donde esguazaría²⁸ el Arauca, se vio obligado a pernoctar en ella, para continuar el viaje al día siguiente en un bongo que, a la sazón, tomaba allí una carga de cueros para San Fernando. Contratada la embarcación y concertada la partida para el amanecer, ya al coger el sueño oyó que alguien decía por allá:

—Váyase alante, compañero, que yo voy a ver si quepo en el bongo.

Fueron tres imágenes claras, precisas, en un relámpago de memoria, y Santos Luzardo sacó esta conclusión que había de dar origen al cambio de los propósitos que lo llevaban al Arauca: «Este hombre viene siguiéndome desde

23 *Palodeagua*: «árbol alto y frondoso que crece en las orillas de los ríos. (N. del A.)».

24 *Sesteadero*: lugar donde duerme la siesta el ganado.

25 *Tremedal*: terreno pantanoso, abundante en turba y cubierto de césped, que retiembla cuando se anda sobre él; o de arena movediza.

26 *Pulpería*: tienda de diversas cosas: vinos, comestibles, mercería, etc.

27 *Atarrillar*: «tabardillo de las bestias. (N. del A.)».

28 *Esguazar*: vadear.

San Fernando. Lo de la fiebre no fue sino un ardid. ¿Cómo no se me ocurrió esta mañana?».

En efecto, al amanecer de aquel día, cuando ya el bongo se disponía a abandonar la orilla, había aparecido aquel individuo, tiritando bajo la cobija con que se abrigaba y proponiéndole al patrón:

—Amigo, ¿quiere hacerme el favor de alquilarme un puestecito? Necesito dir hasta el paso del *Bramador* y la calentura no me permite sostenerme a caballo. Yo le pago bien, ¿sabe?

—Lo siento, amigo —respondió el patrón, llanero malicioso, después de echarle una rápida mirada escrutadora—. Aquí no hay puesto que yo pueda alquilarle porque el bongo navega por la cuenta del señor, que quiere ir solo.

Pero Santos Luzardo, sin más prenda y sin advertir la significativa guiñada del bonguero, le permitió embarcarse.

Ahora le observa de soslayo y se pregunta mentalmente: «¿Qué se pondrá este individuo? Para tenderme una celada, si es que a eso lo han mandado, ya se le han presentado oportunidades. Porque juraría que éste pertenece a la pandilla de *El Miedo*. Ya vamos a saberlo».

Y poniendo por obra la repentina ocurrencia, en alta voz, al bonguero:

—Dígame, patrón: ¿conoce usted a esa famosa doña Bárbara de quien tantas cosas se cuentan en Apure?

Los palanqueros cruzáronse una mirada recelosa y el patrón respondió evasivamente, al cabo de un rato, con la frase con que contesta el llanero taimado las preguntas indiscretas:

—Voy a decirle, joven: yo vivo lejos.

Luzardo sonrió comprensivo; pero insistiendo en el propósito de sondear al compañero inquietante, agregó, sin perderlo de vista:

—Dicen que es una mujer terrible, capitana de una pandilla de bandoleros, encargados de asesinar a mansalva a cuantos intenten oponerse a sus designios.

Un brusco movimiento de la diestra que manejaba el timón hizo saltar el bongo, a tiempo que uno de los palanqueros, indicando algo que parecía un hacinamiento de troncos de árboles encallados en la arena de la ribera derecha, exclamaba, dirigiéndose a Luzardo:

—¡Aguaita!²⁹ Usted que quería tirar caimanes. Mire cómo están en aquella punta de playa.

Otra vez apareció en el rostro de Luzardo la sonrisa de inteligencia de la situación, y, poniéndose de pie, se echó a la cara un rifle que llevaba consigo. Pero la bala no dio en el blanco, y los enormes saurios se precipitaron al agua, levantando un hervor de espumas.

Viéndoles zambullirse ilesos, el pasajero sospechoso, que había permanecido hermético mientras Luzardo tratara de sondearlo, murmuró, con una leve sonrisa entre la pelambre del rostro:

29 *Aguaitar*. mirar.

—Eran algunos bichos y todos se jueron vivitos y coleando.

Pero sólo el patrón pudo entender lo que decía y lo miró de pies a cabeza, como si quisiera medirle encima del cuerpo la siniestra intención de aquel comentario. El se hizo el desentendido y, después de haberse incorporado y des-perezado con unos movimientos largos y lentos, dijo:

—Bueno. Ya estamos llegando al palodeagua. Y ya sudé mi calentura. Lástima que se me haya quitado. ¡Sabrosita que estaba!

En cambio, Luzardo se había sumido en un mutismo sombrío, y entretanto el bongo atracaba en el sitio elegido por el patrón para el descanso del mediodía.

Saltaron a tierra. Los palanqueros clavaron en la arena una estaca a la cual amarraron el bongo. El desconocido se internó por entre la espesura del monte, y Luzardo, viéndolo alejarse, preguntó al patrón:

—¿Conoce usted a ese hombre?

—Conocerlo, propiamente, no, porque es la primera vez que me lo topo;³⁰ pero, por las señas que les he escuchado a los llaneros de por estos lados, malicio que debe de ser uno a quien mientan³¹ *El Brujeador*.³²

A lo que intervino uno de los palanqueros:

—Y no se equivoca usted, patrón. Ese es el hombre.

—¿Y ese *Brujeador*, qué especie de persona es? —volvió a interrogar Luzardo.

—Piense usted lo peor que pueda pensar de un prójimo y agréguele todavía una miajita³³ más, sin miedo de que se le pase la mano —respondió el bonguero—. Uno que no es de por estos lados. Un guate,³⁴ como les decimos por aquí. Según cuentan, era un saltador de la montaña³⁵ de San Camilo y de allá bajó hace algunos años, descolgándose de hato³⁶ en hato, por todo el cajón del Arauca, hasta venir a parar en lo de doña Bárbara, donde ahora trabaja. Porque, como dice el dicho: Dios los cría y el diablo los junta.³⁷ Lo mientan asina como se lo he mentado por su ocupación, que es brujear caballos, como también aseguran que y que sabe las oraciones que no mancan para sacarles el gusano a las bestias y a las reses. Pero para mí que sus verdaderas ocupaciones son otras. Esas que usted mentó en delante.³⁸ Que, por cierto, por poco no me hace usted trambucar³⁹ el bongo. Con decirle que es el espaldero⁴⁰ preferido de doña Bárbara.

30 *Toparse a alguien*: encontrarse involuntariamente con alguno.

31 *Mentar*: mencionar, llamar.

32 *Brujeador*: «persona práctica en cazar bestias bravías, persiguiéndolas día y noche sin dejarlas ni pacer ni dormir. (N. del A.)».

33 *Miaja*: cantidad insignificante de algo.

34 *Guate*: «calificativo despectivo que se da en el Llano a los hombres de la Cordillera Andina y a los colombianos. (N. del A.)».

35 *Montaña*: «zona de bosques en los llanos. (N. del A.)».

36 *Hato*: finca rústica destinada a la cría de toda clase de ganado, principalmente de ganado mayor.

37 *Dios los cría y el diablo los junta*: indica que los que son semejantes a la inclinación, genio o costumbre se buscan unos a otros. Tiene un sentido negativo.

38 *En delante* - *Denantes*: antes.

39 *Trambucarse*: «volcarse una embarcación. *Fig.* Trastornarse, perder el juicio. (N. del A.)».

40 *Espaldero*: guardaespaldas.

—Luego no me había equivocado.

—En lo que sí se equivocó fue en haberle brindado puesto en el bongo a ese individuo. Y permítame un consejo, porque usted es joven y forastero por aquí, según parece: no acepte nunca compañero de viaje a quien no conozca como a sus manos. Y ya que me he tomado la licencia de darle uno, voy a darle otro también, porque me ha caído en gracia.⁴¹ Tenga mucho cuidado con doña Bárbara. Usted va para *Altamira*, que es como decir los correderos de ella. Ahora sí puedo decirle que la conozco. Esa es una mujer que ha fustaneado a muchos hombres, y al que no trambuca con sus carantoñas lo compone con un bebedizo o se lo amarra a las pretinas y hace con él lo que se le antoje, porque también es *faculta*⁴² en brujerías. Y si es con el enemigo, no se le agua el ojo para mandar quitarse de por delante a quien se le atraviere y para eso tiene a *El Brujeador*. Usted mismo lo ha dicho. Yo no sé qué viene buscando usted por estos lados; pero no está de más que le repita: váyase con tiento.⁴³ Esa mujer tiene su cementerio.

Santos Luzardo se quedó pensativo, y el patrón, temeroso de haber dicho más de lo que se le preguntaba, concluyó, tranquilizador:

—Pero como le digo esto, también le digo lo otro: eso es lo que cuenta la gente, pero no hay que fiarse⁴⁴ mucho porque el llanero es mentiroso de nación,⁴⁵ aunque me esté mal el decirlo, y hasta cuando cuenta algo que es verdad lo desagera tanto que es como si fuera mentira. Además, por lo de la hora presente no hay que preocuparse: aquí habemos cuatro hombres y un rifle y el Viejito viene con nosotros.

Mientras ellos hablaban así, en la playa, *El Brujeador*, oculto tras un mogote,⁴⁶ se enteraba de la conversación, a tiempo que comía, con la lentitud peculiar de sus movimientos, de la ración que llevaba en el porsiacaso.⁴⁷

Entretanto, los palanqueros habían extendido bajo el palodeagua la manta de Luzardo y colocado sobre ella el maletín donde éste llevaba sus provisiones de boca. Luego sacaron del bongo las suyas. El patrón se les reunió y, mientras hacían el frugal almuerzo a la sombra de un paraguatán,⁴⁸ fue refiriéndole a Santos anécdotas de su vida por los ríos y caños de la llanura.

Al fin, vencido por el bochorno de la hora, guardó silencio, y durante largo rato sólo se escuchó el leve chasquido de las ondas del río contra el bongo.

Extenuados por el cansancio, los palanqueros se tumbaron boca arriba en la tierra y pronto comenzaron a roncar. Luzardo se reclinó contra el tronco del palodeagua. Sin pensamientos, abrumado por la salvaje soledad que lo rodeaba, se abandonó al sopor de la siesta. Cuando despertó, le dijo el patrón vigilante:

—Su buen sueñito echó usted.

41 *Caer en gracia*: caer bien; ser agradable.

42 *Faculta*: persona experta en alguna actividad.

43 *Con tiento*: con cuidado o tacto.

44 *No hay que fiarse*: no hay que confiar.

45 *De nación*: de nacimiento.

46 *Mogote*: montículo; mojón (montón de piedras).

47 *Porsiacaso*: bolsa de tela que emplea el llanero para llevar provisiones. «Alforja. (N. del A.)».

48 *Paraguatán*: «árbol de la familia de las rubiáceas, cuya madera tiene gran precio. (N. del A.)».

En efecto, ya empezaba a declinar la tarde y sobre el Arauca corría un soplo de brisa fresca. Centenares de puntos negros erizaban la ancha superficie: trompas de babas y caimanes que respiraban a flor de agua, inmóviles, adormitados a la tibia caricia de las turbias ondas. Luego comenzó a asomar en el centro del río la cresta de un caimán enorme. Se aboyó por completo, abrió lentamente los párpados escamosos.

Santos Luzardo empuñó el rifle y se puso de pie, dispuesto a reparar el yerro de su puntería, momentos antes, pero el patrón intervino:

—No lo tire.

—¿Por qué, patrón?

—Porque... Porque otro de ellos nos lo puede cobrar, si usted acierta a pegarle, o él mismo si lo pela. Ese es el tuerto del *Bramador*, al cual no le entran balas.

Y como Luzardo insistiese, repitió:

—No lo tire, joven, hágame caso a mí.

Al hablar así, sus miradas se habían dirigido, con un rápido movimiento de advertencia, hacia algo que debía de estar detrás del palodeagua. Santos volvió la cabeza y descubrió a *El Brujeador*, reclinado al tronco del árbol y aparentemente dormido.

Dejó el rifle en el sitio de donde lo había tomado, rodeó el palodeagua, y deteniéndose ante el hombre, lo interpeló sin hacer caso de su ficción de sueño:

—¿Con que es usted amigo de ponerse a escuchar lo que puedan hablar los demás?

El Brujeador abrió los ojos, lentamente, tal como lo hiciera el caimán, y respondió con una tranquilidad absoluta:

—Amigo de pensar mis cosas callado es lo que soy.

—Desearía saber cómo son las que usted piensa haciéndose el dormido.

Sostuvo la mirada que le clavaba su interlocutor, y dijo:

—Tiene razón el señor. Esta tierra es ancha y todos cabemos en ella sin necesidad de estorbarnos los unos a los otros. Hágame el favor de dispensarme que me haya venido a recostar a este palo. ¿Sabe?

Y fue a tumbarse más allá, supino y con las manos entrelazadas bajo la nuca.

La breve escena fue presenciada con miradas de expectativa por el patrón y por los palanqueros, que se habían despertado al oír voces, con esa rapidez con que pasa del sueño profundo a la vigilia el hombre acostumbrado a dormir entre peligros, y el primero murmuró:

—¡Umjú! Al patiquín⁴⁹ como que no lo asustan los espantos de la sabana.

Inmediatamente propuso Luzardo:

—Cuando usted quiera, patrón, podemos continuar el viaje. Ya hemos descansado un poco.

—Pues enseguida.

49 *Patiquín*: joven de vestir presumido; petimetre, dandi.

Y a *El Brujeador*, con tono imperioso:

—¡Arriba, amigo! Ya estamos de marcha.

—Gracias, mi señor —respondió el hombre sin cambiar de posición—. Le agradezco mucho que quiera llevarme hasta el fin; pero de aquí para adelante puedo irme caminando al píritu, como dicen los llaneros cuando van de a pie. No estoy muy lejote de casa. Y no le pregunto cuánto le debo por haberme traído hasta aquí, porque sé que las personas de su categoría no acostumbran cobrarle al pata-en-el-suelo los favores que le hacen. Pero sí me le pongo a la orden, ¿sabe? Mi apelativo es Melquíades Gamarra, para servirle. Y le deseo buen viaje de aquí para adelante. ¡Sí, señor!

Ya Santos se dirigía al bongo, cuando el patrón, después de haber cruzado algunas palabras en voz baja con los palanqueros, lo detuvo, resuelto a afrontar las emergencias:

—Aguárdese. Yo no dejo a ese hombre por detrás de nosotros dentro de este monte. O él se va primero o nos lo llevamos en el bongo.

Dotado de un oído sutilísimo, *El Brujeador* se enteró.

—No tenga miedo, patrón. Yo me voy primero que ustedes. Y le agradezco las buenas recomendaciones que ha dado de mí. Porque las he escuchado todas, ¿sabe?

Y diciendo así, se incorporó, recogió su cobija, se echó al hombro el porriacaso, todo con una calma absoluta, y se puso en marcha por la sabana abierta que se extendía más allá del bosque ribereño.

Embarcaron. Los palanqueros desamarraron el bongo y, después de empujarlo al agua honda, saltaron a bordo y requirieron sus palancas, a tiempo que el patrón, ya empuñada la espadilla, hizo a Luzardo esta pregunta intempestiva:

—¿Es usted buen tirador? Y perdóneme la curiosidad.

—Por la muestra, muy malo, patrón. Tanto, que no quiso usted dejarme repetir la experiencia. Sin embargo, otras veces he sido más afortunado.

—¡Ya ve! —exclamó el bonguero—. Usted no es mal tirador. Yo lo sabía. En la manera de echarse el rifle a la cara se lo descubrí, y a pesar de eso la bala fue a dar como a tres brazas del rollo de caimanes.

—Al mejor cazador se le va la liebre, patrón.

—Sí. Pero en el caso suyo hubo otra cosa: usted no dio en el blanco, con todo y ser muy buen tirador, porque junto suyo había alguien que no quiso que le pegara a los caimanes. Y si yo le hubiera dejado hacer el otro tiro, lo pela⁵⁰ también.

—¿*El Brujeador*, no es eso? ¿Cree usted, patrón, que ese hombre posea poderes extraordinarios?

—Usted está mozo y todavía no ha visto nada. La brujería existe. Si yo le contara un pasaje⁵¹ que me han referido de ese hombre... Se lo voy a echar, porque es bueno que sepa a qué atenerse.

50 *Pelar*: fallar.

51 *Pasaje*: cuento anecdótico. (N. del A.)».

Escupió la mascada⁵² de tabaco y ya iba a comenzar su relato, cuando uno de los palanqueros lo interrumpió, advirtiéndole:

—¡Vamos solos, patrón!

—Es verdad, muchachos. Hasta eso es obra del condenado *Brujeador*.
Boguen para tierra otra vuelta.

—¿Qué pasa? —inquirió Luzardo.

—Que se nos ha quedado el Viejito en tierra.

Regresó el bongo al punto de partida. Pusó de nuevo el patrón rumbo afuera, a tiempo que preguntaba, alzando la voz:

—¿Con quién vamos?

—¡Con Dios! —respondieron los palanqueros.

—¡Y con la Virgen! —agregó él. Y luego a Luzardo: CEse era el Viejito que se nos había quedado en tierra. Por estos ríos llaneros, cuando se abandona la orilla, hay que salir siempre con Dios. Son muchos los peligros de trambucarse y si el Viejito no va en el bongo, el bonguero no va tranquilo. Porque el caimán acecha sin que se le vea ni el aguaje, y el temblador⁵³ y la raya están siempre a la parada, y el cardumen de los zamuritos⁵⁴ y de los caribes,⁵⁵ que dejan a un cristiano en los puros huesos, antes de que se puedan nombrar las Tres Divinas Personas.

¡Ancho llano! ¡Inmensidad bravía! Desiertas praderas sin límites, hondos, mudos y solitarios ríos. ¡Cuán inútil resonaría la demanda de auxilio, al vuelco del coletazo del caimán, en la soledad de aquellos parajes! Sólo la fe sencilla de los bongueros podía ser esperanza de ayuda, aunque fuese la misma ruda fe que los hacía atribuirle poderes sobrenaturales al siniestro Brujeador.

Ya Santos Luzardo conocía la pregunta sacramental de los bongueros del Apure; pero ahora también podía aplicársela a sí mismo, pues había emprendido aquel viaje con un propósito y ya estaba abrazándose a otro, completamente opuesto.

52 *Mascada*: «porción de tabaco que se toma en la boca para mascar. (N. del A.)».

53 *Temblador*: «pez sin escamas, de color aceituno, que tiene cuatro órganos eléctricos, Gimnotus electricus. (N. del A.)».

54 *Zamuroz*: buitre, gallinazo.

55 *Caribes*: «peces pequeños y sumamente voraces, que pueblan los ríos de los Llanos. (N. del A.)».

II

EL DESCENDIENTE DEL CUNAVICHERO

En la parte más desierta y bravía del Arauca estaba situado el hato de *Altamira*, primitivamente unas doscientas leguas de sabanas feraces que alimentaban la hacienda más numerosa que por aquellas soledades pacía y donde se encontraba uno de los más ricos garceros⁵⁶ de la región.

Lo fundó, en años ya remotos, don Evaristo Luzardo, uno de aquellos llaneros nómadas que recorrían —y todavía recorren— con sus rebaños las inmensas praderas del cajón del Cunaviche,⁵⁷ pasando de éste al del Arauca, menos alejado de los centros de población. Sus descendientes, llaneros genuinos de «pata en el suelo y garrasí»,⁵⁸ que nunca salieron de los términos de la finca, la fomentaron y ensancharon hasta convertirla en una de las más importantes de la región; pero, multiplicada y enriquecida la familia, unos tiraron⁵⁹ hacia las ciudades, otros se quedaron bajo los techos de palma del hato, y a la apacible vida patriarcal de los primeros Luzardos sucedió la desunión y ésta trajo la discordia que había de darles trágica fama.

El último propietario del primitivo *Altamira* fue don José de los Santos, quien, por salvar la finca de la ruina de una partición numerosa, compró los derechos de sus condueños, a costa de una larga vida de trabajos y privaciones; pero, a su muerte, sus hijos José y Panchita —ésta ya casada con Sebastián Barquero— optaron por la partición, y al antiguo fundo sucedieron dos: uno, propiedad de José, que conservó la denominación original, y el otro, que tomó la de *La Barquereña*, por el apellido de Sebastián.

A partir de allí y a causa de una frase ambigua en el documento, donde al tratarse de la línea divisoria ponía: «hasta el palmar de *La Chusmita*»,⁶⁰ surgió entre los dos hermanos la discordia, pues cada cual pretendía, alegando por lo suyo, que la frase debía interpretarse agregándosele el inclusive que omitiera el redactor, y emprendieron uno de esos litigios que enriquecen a varias generaciones de abogados y que habría terminado por arruinarlos, si cuando les propusieron una transacción la misma intransigencia que iba a ha-

56 *Garceros*: lugares donde frecuentan ciertas garzas, cuya pluma blanca se emplea como adorno.

57 *Cajón del Cunaviche*: localidad ubicada a unos 90 kms. de San Fernando de Apure en el bajo Cajón del Arauca.

58 *Pantalón garrasí*: pantalón característico del llanero, que se abotona en la pierna.

59 *Tirar*: marchar en cierta dirección.

60 *Chusmita*: «garza pequeña, de color azul. (N. del A.)».

cerles gastar un dinal por un pedazo de tierra improductiva no les dictara, en un arrebato simultáneo: «O todo o nada».

Y como no podía ser todo para ambos, se convino en que sería nada y cada cual se comprometió a levantar una cerca en torno al palmar, viniendo así a quedar éste cerrado y sin dueño entre ambas propiedades.

Mas no paró aquí la cosa. Había en el centro del palmar una madreveja⁶¹ de un caño seco, que durante el invierno se convertía en tremedal, bomba de fango donde perecía cuanto ser viviente la atravesase, y como un día apareciera ahogada allí una res barqueraña, José Luzardo protestó ante Sebastián Barquero por la violación del recinto vedado; se ofendieron en la disputa, Barquero blandió el chaparro⁶² para cruzarle el rostro al cuñado, sacó éste el revólver y lo derribó del caballo con una bala en la frente.

Sobrevinieron las represalias, y matándose entre sí Luzardos y Barqueros acabaron con una población compuesta en su mayor parte por las ramas de ambas familias.

Y en el seno mismo de cada una se propagó la onda trágica.

Fue cuando la guerra entre España y los Estados Unidos.⁶³ José Luzardo, fiel a su sangre —decía—, simpatizaba con la Madre Patria, mientras que su primogénito Félix, síntoma de los tiempos que ya empezaban a correr, se entusiasmaba por los yanquis. Llegaron al hato los periódicos de Caracas, cosa que sucedía de mes en mes, y desde las primeras noticias, leídas por el joven —porque ya don José andaba fallo de la vista—, se trabaron en una acalorada disputa que terminó con estas vehementes palabras del viejo:

—Se necesita ser muy estúpido para creer que puedan ganárnosla los salchicheros de Chicago.

Lívido y tartamudo de ira, Félix se le encaró:

—Puede que los españoles triunfen; pero lo que no tolero es que usted me insulte sin necesidad.

Don José lo midió de arriba abajo con una mirada despreciativa y soltó una risotada. Acabó de perder la cabeza el hijo y tiró violentamente del revólver que llevaba al cinto. El padre cortó en seco su carcajada y sin que se le alterara la voz, sin moverse en el asiento, pero con una fiera expresión, dijo, pausadamente:

—¡Tira! Pero no me peles, porque te clavo en la pared de un lanzazo.

Esto sucedía en la casa del hato, poco después de la comida, congregada la familia bajo la lámpara de la sala. Doña Asunción se precipitó a interponerse entre el marido y el hijo, y Santos, que a la sazón tendría unos catorce años, se quedó paralizado por la brutal impresión.

Dominado por la terrible serenidad del padre, seguro de que llevaría a

61 *Madreveja*: «lecho antiguo de un río que a veces tiene agua estancada. (N. del A.)».

62 *Chaparro*: chaparra (planta de encina o roble), cuyas ramas se emplean para hacer bastones o se usan como látigo.

63 *Guerra Hispano-Estadounidense*: entre España y los Estados Unidos en 1898, cuyos resultados fueron la independencia de Cuba y la pérdida de Puerto Rico, Filipinas y Guam, por parte de España, cedidas a Estados Unidos.

cabo su amenaza si disparaba y erraba el tiro, o arrepentido, quizás, de su violencia, Félix volvió el arma a su sitio y abandonó la sala.

Poco después ensillaba su caballo, dispuesto a abandonar también la casa paterna, y fue inútil cuanto suplicó y lloró doña Asunción. Entretanto, como si nada hubiera sucedido, don José se había calado las gafas y leía, estoicamente, las noticias que terminaban con la del desastre de Cavite.⁶⁴

Pero Félix no se limitó a abandonar el hogar sino que fue a hacer causa común con los Barqueros contra los Luzardos, en aquella guerra a muerte cuya más encarnizada instigadora era su tía Panchita, y ante la cual las autoridades se hacían de la vista gorda, pues eran tiempos de cacicazgos y Luzardos y Barqueros se compartían el del Arauca.

Ya habían caído en lances personales casi todos los hombres de una y otra familia, cuando una tarde de riña de gallos, en el pueblo, como supiese Félix, bajo la acción del alcohol, que su padre estaba en la gallera, se fue allá, instigado por su primo Lorenzo Barquero, y se arrojó al ruedo, vociferando:

—Aquí traigo un gallito portorriqueño. ¡No es ni yanqui, siquiera! A ver si hay por ahí algún pataruco⁶⁵ español que quiera pegarse con él. Lo juego embotado⁶⁶ y doy de al partir.

Había terminado ya con la victoria de los norteamericanos la desigual contienda y decía aquello para provocar al padre. Don José saltó al ruedo blandiendo el chaparro para castigar la insolencia; pero Félix hizo armas, a él también se le fue la mano a la suya y poco después regresaba a su casa, abatido, sombrío, envejecido en instantes, y con esta noticia para su mujer:

—Acabo de matar a Félix. Ahí te lo traen.

Enseguida ensilló su caballo y cogió el camino del hato.

Llegó a la casa, se dirigió a la sala donde se había desarrollado la primera escena de la tragedia, se encerró allí, previa prohibición absoluta de que se le molestara, se quitó del cinto la lanza y la hundió hasta la empuñadura en la pared de bahareque, en el mismo sitio donde la habría clavado, la noche de la funesta lectura, a través del corazón del hijo, pues fue allí, se decía, y en el momento de proferir su tremenda amenaza, donde y cuando había dado muerte a Félix y quería tener ante los ojos, hasta que se le apagasen para siempre, la visión expiatoria del hierro filicida hundido en el muro.

Y, en efecto, encerrado en aquella pieza, sin pan ni agua, sin moverse del asiento, sin pestañear casi, con un postigo abierto a la luz y dos pupilas que pronto aprendieron a no necesitarla durante la noche para ver, todo voluntad en la expiación tremenda, estuvo varios días esperando la muerte a que se había condenado y allí lo encontró la muerte, sentado, rígido ya, mirando la lanza clavada en el muro.

Cuando, por fin, llegaron las autoridades a representar la farsa acostum-

64 *Cavite*: puerto en la Bahía de Manila donde se enfrentaron las fuerzas navales de Estados Unidos y España el 11 de mayo de 1898, perdiendo ésta última los territorios filipinos.

65 *Pataruco*: elipsis de «gallo pataruco»: el que no es de raza pura ni bueno para la pelea. Aplicado a una persona: cobarde y pusilánime.

66 *Embotado*: con botas. Gallo que se le cubren las espeulas con peuñas botas de tela o cuero.

brada en casos análogos, ya no había necesidad de castigo y costó trabajo cerrar aquellos ojos.

Días después, doña Asunción abandonaba definitivamente el Llano para trasladarse a Caracas con Santos, único superviviente de la hecatombe. Quería salvarlo educándolo en otro medio, a centenares de leguas de aquellos trágicos sitios.

Los primeros años fueron tiempo perdido en la vida del joven. La brusca trasplatación del medio llanero, rudo, pero de intensas emociones endurecedoras del carácter, al blando y soporoso ambiente ciudadano, dentro de las cuatro paredes de una casa triste, al lado de una madre aterrorizada, prodújole un singular adormecimiento de las facultades. El muchacho animoso, de inteligencia despierta y corazón ardiente —de quien tan orgulloso se mostraba el padre cuando lo veía jinetear un caballo cerrero y desenvolverse con destreza y aplomo en medio de los peligros del trabajo de sabanas, digno de aquella raza de hombres sin miedo que había dado más de un centauro a la epopeya, aunque también más de un cacique⁶⁷ a la llanura, y en quien, con otro concepto de la vida, cifraba tantas esperanzas la madre, al oírlo expresar sentimientos e ideas reveladoras de un espíritu fino y reflexivo—, se volvió obtuso y abúlico; se convirtió en un misántropo.

—Te veo y no te conozco, hijo. Te has vuelto cimarrón⁶⁸ —decíale la madre, llanera todavía, a pesar de todo.

—Es el desarrollo —observábanle las amigas—. Los muchachos se ponen así cuando están en esa edad.

—Es el estrago de los horrores que hemos presenciado —añadía ella.

Eran ambas cosas; también la trasplatación. La falta del horizonte abierto ante los ojos, del cálido viento libre contra el rostro, de la copla en los labios por delante del rebaño, del fiero aislamiento en medio de la tierra ancha y muda. La macolla⁶⁹ de hierba llanera languideciendo en el tiesto.

A veces, doña Asunción lo sorprendía en el corral, soñador despierto, boca arriba en la tierra dentro de la espesura de un resedal⁷⁰ descuidado. Estaba «enmatado», como dice el llanero del toro que busca el refugio de las matas y allí permanece días enteros echado, sin comer ni beber y lanzando de rato en rato sordos mugidos de rabia impotente, cuando ha sufrido la mutilación que lo condena a perder su fiereza y el señorío del rebaño.

Pero al fin la ciudad conquistó el alma cimarrona de Santos Luzardo. Vuelto en sí del embrujamiento de las nostalgias, se encontró con que ya tenía más de dieciocho años, y en punto de instrucción muy poca cosa sobre la que trajo del Arauca; pero se propuso recuperar el tiempo perdido y se entregó con ahínco a los estudios.

67 *Cacique*: persona que ejerce una autoridad abusiva en una colectividad; particularmente, el que en un pueblo se hace dueño de la política o de la administración, valiéndose de su dinero o influencia.

68 *Cimarrón*: agreste, salvaje. Holgazán.

69 *Macolla*: grupo de tallos, flores o espigas que nacen juntos.

70 *Reseda*: planta resedácea, de flores blanquecinas, que se cultiva en los jardines por su olor agradable.

A pesar de los motivos que tenía para aborrecer *Altamira*, doña Asunción no había querido vender el hato. Poseía esa alma recia e inmodificable del llanero, para quien nada hay como su tierra natal, y aunque nunca pensó en regresar al Arauca, tampoco se había decidido a romper el vínculo que la unía al terruño. Por lo demás, administrado por un mayordomo honrado y fiel, el hato le producía una renta suficiente.

—Que lo venda Santos, cuando yo muera —solía decir.
Pero, a la hora de morir, le recomendó:

—Mientras puedas, no vendas *Altamira*.

Y Santos lo conservó, por respetar la postrera voluntad materna y porque su renta le permitía cubrir, holgadamente, las discretas exigencias de su vida morigerada. Por lo demás, bien habría podido prescindir de la finca. La tierra natal ya no lo atraía, ni aquel pedazo de ella, ni toda entera, porque al perder los sentimientos regionales había perdido también todo sentimiento de patria. La vida de la ciudad y los hábitos intelectuales habían barrido de su espíritu las tendencias hacia la vida libre y bárbara del hato; pero, al mismo tiempo, habían originado una aspiración que aquella misma ciudad no podía satisfacer plenamente. Caracas no era sino un pueblo grande —un poco más grande que aquel destruido por los Luzardos al destruirse entre sí—, con mil puertas espirituales abiertas al asalto de los hombres de presa, algo muy distante todavía de la ciudad ideal, complicada y perfecta como un cerebro, adonde toda excitación va a convertirse en idea y de donde toda reacción que parte lleva el sello de la eficacia consciente, y como este ideal sólo parecía realizado en la vieja y civilizadora Europa, acarició el propósito de expatriarse definitivamente, en cuanto concluyera sus estudios universitarios.

Para esto contaba con el producto de *Altamira*, o, vendida ésta, con la renta que le produjera el dinero empleado en fincas urbanas, ya que de su profesión de abogado no podía esperar nada por allá. Pero, entretanto, ya en *Altamira* no estaba el honrado mayordomo de los tiempos de su madre, y mientras Santos se contentaba, apenas, con echarles una ojeada a las cuentas, muy claras siempre sobre el papel, que de tiempo en tiempo le rendían los administradores, éstos hacían pingües negocios con la hacienda altamireña. Además, dejaban que los cuatrerros se metiesen a saco con ella y toleraban que los vecinos herrasen⁷¹ allí, como suyos, hasta los becerros que aún andaban pegados a las tetas de las vacas luzarderas.

Luego comenzaron los litigios con la famosa doña Bárbara, a cuyos dominios fueron pasando leguas y leguas de sabanas altamireñas, a fuerza de arbitrarios deslindes ordenados por los tribunales del Estado.

—Concluidos sus estudios, Santos se trasladó a San Fernando⁷² a hojear expedientes por si todavía fuese posible intentar acciones reivindicatorias; pero allá, hecho un minucioso análisis de las causas sentenciadas en favor de

71 *Herrar*: marcar con un hierro candente animales, cosas o personas, como señal de propiedad.

72 *San Fernando*: capital del Estado Apure en los llanos de Venezuela.

la mujerona, se comprobó que todo, soborno, cohecho, violencia abierta, había sido asombrosamente fácil para la cacica del Arauca; también descubrió que cuanto se había llevado a cabo contra su propiedad pudo suceder porque sus derechos sobre *Altamira* adolecían de los vicios que siempre tienen las adquisiciones del hombre de presa, y no otra cosa fue su remoto abuelo don Evaristo, El Cunavichero.

Decidió entonces vender la finca. Pero nadie quería tener de vecina a doña Bárbara, y como, por otra parte, las revoluciones⁷³ habían arruinado el Llano, perdió mucho tiempo buscando comprador. Al fin se le presentó uno; pero le dijo:

—Ese negocio no lo podemos cerrar aquí, doctor. Es menester que usted vea, con sus propios ojos, cómo está *Altamira*. Aquello está en el suelo: unas parapas⁷⁴ es lo que queda en las sabanas. Y reses flacas toditas. Si quiere, váyase allá y espéreme. Ahora sigo para Caracas a vender un ganado; pero dentro de un mes pasaré por *Altamira* y entonces conversaremos sobre el terreno.

—Allá lo esperaré —díjole Santos—, y al día siguiente partió para *Altamira*.

Por el trayecto, ante el espectáculo de la llanura desierta, pensó muchas cosas: meterse en el ható a luchar contra los enemigos, a defender sus propios derechos y también los ajenos, atropellados⁷⁵ por los caciques de la llanura, puesto que doña Bárbara no era sino uno de tantos; a luchar contra la Naturaleza: contra la insalubridad que estaba aniquilando la raza llanera, contra la inundación y la sequía que se disputan la tierra todo el año, contra el desierto que no deja penetrar la civilización.

Pero no eran propósitos todavía, sino reflexiones puras, entretenimientos del razonador, y a una, optimista, sucedía inmediatamente otra, contradictoria.

—Para llevar a cabo todo eso se requiere algo más que la voluntad de un hombre. ¿De qué serviría acabar con el cacicazgo de doña Bárbara en el Arauca? Reaparecería más allá bajo otro nombre. Lo que urge es modificar las circunstancias que producen estos males: poblar. Mas para poblar: sanear primero, y para sanear: poblar antes. ¡Un círculo vicioso!

Mas he aquí que un sencillo incidente, el encuentro con *El Brujeador* y

73 *Revoluciones*: Al final del siglo XIX se sucedieron varias revoluciones en Venezuela: la Revolución Legalista (1892), insurrección organizada por Joaquín Crespo para derrocar al presidente Raimundo Andueza Palacio, quien quería perpetuarse en el poder. La revolución de Queipa (1898) surge por el fraude electoral de 1897 y por el caudillismo imperante. La revolución Liberal Restauradora (1899) fue la primera participación de la gente de los Andes en la política nacional; levantamiento originado por Cipriano Castro en contra de la constitución de 1898. A comienzos del siglo XX se produjo la Revolución Libertadora (1901-1903) organizada y financiada con apoyo económico de New York y la Bermúdez Company. Luego se suceden revueltas entre Castro y Gómez, hasta 1908, cuando Juan Vicente Gómez, mediante golpe de estado toma el gobierno, comenzando lo que en la Historia de Venezuela se conoce como el «primer gomecismo» (1908-1918).

74 *Parapara*: fruto, negro y redondo, del paraparo o jaboncillo.

75 *Atropellar*: «Atropello. (N. del A.)». Acción injusta o desconsiderada realizada contra alguien.

las palabras con que el bonguero le hizo ver los peligros a que se expondría si intentaba atravesársele en el camino a la temible doña Bárbara, pone de pronto en libertad al impulsivo postergado por el razonador y lo apasionante ahora es la lucha.

Era la misma tendencia de irrefrenable acometividad que causó la ruina de los Luzardos; pero con la diferencia de que él la subordinaba a un ideal: luchar con doña Bárbara, criatura y personificación de los tiempos que corrían, no sería solamente salvar *Altamira*, sino contribuir a la destrucción de las fuerzas retardatorias de la prosperidad del Llano.

Y decidió lanzarse a la empresa con el ímpetu de los descendientes de *El Cunavichero*, hombres de una raza enérgica; pero también con los ideales del civilizado, que fue lo que a aquéllos les faltó.